

UN OPTIMISTA

POZUELO

Al despertar le oprimió un cielo de plomo que parecía que iba a meterse por el ventanal. Se sintió sobrecogido; percibió el principio de un mal humor que podría durarle todo el día: día -se dijo- de perros. Ya no recordaba que sólo unas mañanas antes había visto al despertar un azul purísimo y unos primeros rayos de Sol que le habían aburrido y desesperado: «No acabará nunca la sequía... Pobre país. Y pobre ciudad que apenas es una ciudad sino un inmenso poblachón calcinado...» Añoró entonces la niebla o la lluvia. Pero la niebla de Londres, la lluvia de París, el cielo negro de Nuremberg: ciudades donde el clima forma parte de la civilización.

Pasó hacia el cuarto de baño; el espejo del vestidor le envió la imagen de un soltero en batín -una especie ya rara-, el del lavabo una cara abotargada que lavó rápidamente -como los gatos-, pensaba cada día- y pasó el peine por los cabellos grises en torno a la calva central, brillante y terminada como en punta. ¡El viejo rostro! Debería poderse cambiar de vez en cuando. A los solteros se les debía permitir divorciarse de sí mismos. Es grave despertarse cada mañana junto a una mujer que envejece; es más grave despertarse sólo viéndose a sí mismo envejecer. Le esperaba el desayuno, los periódicos. Pensó que el café estaría demasiado frío, los bollitos demasiado duros, la mantequilla demasiado blanda y, en efecto. La vida le confirmaba continuamente todas sus sospechas. Se

quejó suavemente, con la queja resignada del hombre ante el destino aciago. Y recibió la respuesta de siempre, el «hago lo que puedo». Bien sabía él que la señora no era culpable. Había que ir más allá: los panaderos, los fabricantes... Y, más allá de ellos: la corrupción, la falsificación, la adulteración, ¿el Gobierno, el Parlamento, la herencia del franquismo, la crisis mundial? Iba poco a poco ascendiendo en la busca de los culpables y llegaba, siempre, invariablemente, al famoso pequeño demiurgo. Una vez había leído que Dios no puede ser nunca mezquino. Arañó su memoria para encontrar la cita. ¿Goethe, quizá? No, pero la cita se le vino al recuerdo en alemán: «Der Herr Gott ist raffiniert, aber boshaft ist Er nicht». Claro, de Einstein. Luego el demiurgo no es Dios, y Dios tiene apenas que ver con esta tierra. Sólo un ente menor puede tener esa pequeña malicia de estropear la vida a los humanos con sus mezquindades. Un humorista, que endurece los bollos y enfría el café de los hombres. «Herr Gott», el Señor Dios... Ya no se llama «señor» a nadie más que a quien no lo es: otra mezquindad. La señora se lo confirma:

-Las otras señoras, en el Metro, dicen que ya han subido a 400 pesetas la hora... Yo, claro, por estar con usted... Las digo que vale más cobrar poco pero estar en la casa de un hombre solo... El era «un hombre»; ella, ellas, las señoras. Ya no se llama señoras -¡en este país!- más que a las asistentes, y señoritas a las dependientes de los grandes almacenes, a las telefonistas. Qué curiosas vías tiene el clasismo para manifestarse; incluso invirtiendo totalmente el vocabulario. Los títulos han cambiado de manos; las situaciones de dependencia siguen siendo las mismas. Los porteros son

«empleados de fincas urbanas»; las basuras, «residuos sólidos». Todo ello, sin cambiar de naturaleza o de condición. El mismo ya debía ser «un carroza»; quizá, «una porcelana». En Francia le llamarían «un vestige». Y si alguien pudiera decir de él «es mi franco», quizá su vida cambiase...

Los periódicos. Un par de secuestrados. «La industria del secuestro consiguió más de 3.000 millones de pesetas en Italia durante el pasado año», decía un titular. Por lo tanto, algo cotidiano. ¡Lo de siempre! «Se caen de las manos», pensó. Polonia puede ocasionar la guerra mundial, Reagan está dispuesto a eliminar el comunismo de América Central, Israel se queda con otro trozo de algo que no era suyo, por lo menos en los últimos 2.000 años. Calvo Sotelo dice algo: lo de siempre. Con su rostro impávido de cine mudo, entre Buster Keaton y Harold Lloyd. Se va a abrir la verja de Gibraltar. Recuerda, hace años, una zambullida al Sol en la breve piscina de un hotel de Gibraltar, la tiendecilla donde compraba té y «scotch», la tela inglesa que le llevaba a su sastre. Algo que se va a acabar. Recuperamos Gibraltar a cambio de dar toda España a la OTAN; y a los americanos. Toda España será, ahora, Gibraltar. Pero sin Hornimans fresco y aromático, sin un buen corte de cheviot. Felipe González, con su cara de morito distinguido, en Centroamérica, en el Caribe... El Opus Dei cambia de estatuto. El Atlántico está en bancarrota... ¡Se caen de las manos! Cuando hay una noticia interesante, apenas se destaca. Hay que buscarlas en ABC, por dentro. Hay una que dice que «Las mujeres de Moscú están aterrorizadas por un sádico asesino»; es interesante. La vieja revolución ha conseguido llegar ya a los tiempos de

la Reina Victoria: ya tiene su «Jack the Ripper», el viejo y querido destripador de Whitechapel. Pero a veces hay noticias más interesantes sin salir de España; ni de Madrid: «Se presentaba ante sus víctimas con unos extraños pantalones». Sólo un periodismo decantado durante muchos años en una vieja redacción puede conseguir un título tan maravilloso. La noticia: «... casado, y sin antecedentes, que vestía unos extraños pantalones abiertos en sus partes interior y posterior, sin calzoncillo ni prenda interior alguna...». Una vez en la Comisaría, la Policía le preguntó las razones por las que llevaba esos extraños pantalones. «Manía que tengo», contestó. «La Poli-

cia le ocupó un miembro viril de madera...». «Lo llevo sin ningún fin concreto y, además, es un simple palo...». En otro periódico hay otra noticia: un hombre se corta los testículos después de una discusión con su familia. Uno a la antigua usanza. La noticia no explica nada; pero es fácil suponer el proceso mental de un hombre que llega a convencerse de que no es hombre y por lo tanto, lleno de absoluta lógica, se desprende de lo que antes se llamaban «los atributos». Había un soldado italiano, en un cuentecillo de Hemingway, que hacía lo mismo. Era otra historia; o la misma historia, nunca se sabe. El muchacho iba al hospital de campaña y le pedía al doctor que le castrase. «No puedo hacer nada para dominar este deseo terrible...». «Es un pecado de impureza. Es un pecado contra Dios, nuestro Salvador». ¿No es otra aparición del pequeño ser mequino al que Gioran llamaba «el aciago demiurgo»? «Nadie te va a castrar -decía el médico al soldadito atormentado-; tienes un cuerpo normal, estás per-

dico reimplantó con éxito los genitales perdidos. A fin de cuentas, como decía el médico de Hemingway, eso sirve «para cumplir un sacramento». ¿Para qué sirve en El Salvador? Había oído a un salvadoreño en un espeluznante reportaje de Televisión, conducido por una mujer, cómo se llama, Carmen Sarmiento, explicar lo que hacen ellos: llegan al pueblo, cogen a los hombres, les cortan los testículos y se los ponen en la boca, antes de matarlos. Polonia no ha llegado a eso, pero tiene más editoriales, más espacio en la televisión, más trenes de Murcia cargados de víveres. Imagina el tren que sale de Murcia, cargado de frutos espléndidos, de turrónes y mazapanes; y de panes y peces, y de carnes. El tren va atravesando los campos de España unos están asolados por la sequía, otros por las inundaciones. Pasa sin detenerse por los pueblos donde los hombres están sentados en la plaza pública, esperando que alguien no les contrate, esperando que no les den un trabajo municipal; donde las mujeres van al campo a coger caracoles y ortigas para poder hacer un guiso...



fectamente hecho: no tienes que pensar en eso». Pero como el muchacho no puede dejar de pensar «en eso», se mutila a sí mismo con una navaja de afeitar... Pero los doctores son siempre los mismos: la noticia no acaba ahí, continúa: trasladado a un sanatorio, el mé-

Pasa por los suburbios de Madrid, entre las chabolas inundadas. O por los campamentos de gitanos asolados por el fuego que prendió un payo, o una tribu enemiga, con los niños desarrapados bajo el frío de diciembre y la lluvia de enero... Lleva sus ropas de abrigo, sus frutos y sus dulces, a través de Francia y de Austria, para

UN OPTIMISTA

llegar a Polonia, donde dirán que amables y generosos son los españoles; y en sus mentes se dibujará la imagen de una España eternamente soleada y verde, con palmeras ondulantes y muchachas redondeadas... Puede ser un regalo de Iglesia a Iglesia. Pero, ¿por qué no a la Iglesia de Monseñor Romero, asesinado en El Salvador?; ¿o a las pequeñas parroquias de los suburbios, donde infinitos padres Llanos se enloquecen cada día? «Me estoy volviendo un demagogo», piensa el solterón en su batín, inquieto por el café demasiado frío y los periódicos que se le caen de las manos. «Hay que vigilarse».

En el fondo de la casa se oye el ruido del aspirador. La señora no canta. Cantaban, antes, las muchachas, cuando se llamaban y eran muchachas. De plumero y escoba. Eran adictas a Quintero, León y Quiroga. Ahora las señoras no pueden cantar. ¿Cómo iban a cantar las cosas de los Ramones? Perderían su augusta dignidad.

La señora se acerca.

«Digo que ya tiene usted el despacho preparado... No fuma usted ni nada... Y tenga cuidado con la ceniza, que lo llena todo...»

Cuando a Saint-Simon le despertaba su criado, le decía: «Apresúrese a levantarse, señor conde; hoy tiene que hacer cosas transcendentales para la humanidad.» No era una adulación. Engels llamaba a Saint-Simon, sin necesidad de haber estado a su servicio, «la cabeza más enciclopédica de su tiempo», junto con la de Hegel. Pero Saint-Simon no lo supo nunca: hasta por lo menos 10 años después de su muerte no comenzó el «saintsimonismo». Otra broma del aciago demiurgo. El contemporáneo es siempre el enemigo del contemporáneo. No sólo en España, como creemos los españoles. Recuerda un párrafo de Moratín, leído en un ensayo de Andrés Amorós —enciclopédico también, aunque no enciclopedista—: «Sea influjo del clima, sea efecto de las circunstancias, sea el demonio que en todo se mete, lo cierto es que nuestra dulce patria no permite que ninguno de sus hijos sobresalga en ella impunemente, y paga con amargas los es-

fuerzos del talento y la aplicación, al paso que recompensa con premios y honores la ignorancia, el error y los delitos». Ya pasaba eso a principios del XIX... El «diablo que en todo se mete» habitaba ya aquí; ya era el mismo aciago demiurgo. El que ganó la lucha histórica y derribó al «Ángel Caído»; que era, sin duda, el bueno, el que podría haber mejorado nuestra condición. Habría que elaborar un misticismo al revés.

Cuando va al despacho —él prefiere llamarle el estudio, pero la señora jamás aceptará esa designación— busca un libro de Saint-Simon para que le inspire. Abre al azar «L'Organisateur»: «Hasta ahora —traduce— los hombres no han ejercido, por decirlo así, sobre la naturaleza más que sus esfuerzos puramente individuales y aislados. Más aún: sus fuerzas se han destruido entre sí en enorme parte, aunque la especie humana haya estado hasta ahora dividida en dos funciones desiguales, de las cuales la menor ha empleado constantemente sus fuerzas —y a veces una porción de las de la mayor— en dominar a esta naturaleza; mientras que la última ha consumido una parte considerable de las ciencias en rechazar el dominio». Y Saint-Simon, aquella mañana, estimulado quizá por la ayuda de su criado —¡ánimo, señor conde, que tiene usted cosas importantes que hacer!— consideraba que ya el tiempo

era otro: había llegado el tiempo de la organización, el de «aplicar lo mejor posible en satisfacer las necesidades del hombre los conocimientos adquiridos por las ciencias». Lo estaba viendo en torno suyo: «A pesar de esta enorme pérdida de fuerzas, la especie humana ha conseguido en los países más civilizados un grado bastante notable de comodidad y de prosperidad. Que se juzgue de ello a qué punto llegaría si no tuviera que perder ninguna fuerza, si los hombres cesasen de mandarse los unos a los otros, organizándose para ejercer sobre la naturaleza los esfuerzos combinados, y si las naciones tuvieran el mismo sistema entre ellas». Saint-Simon, con su criado entusiasta, seguramente que con un buen café con leche de la de verdad, alimentado por los «croissants» todavía calientes, por la mermelada que le había enviado su tía desde el campo —hecha por ella misma...— llegaba a la conclusión de que el mundo... Bien, con todo, se equivocaba. Ahora nos dicen que de ninguna forma hay que luchar contra la naturaleza. Los progresistas de hoy no quieren el progreso. La naturaleza, en cambio, les parece la fuerza de la sabiduría máxima. Creen en la ecología, es decir, en una organización preestablecida antes de que naciera Fourier, antes de que Saint-Simon comiese sus tiernos «croissants»...

El solterón del batín se sienta en su poltrona y toma en sus manos el micrófono de la «cassette». Le han pedido un texto optimista, que dé la verdadera medida de hasta dónde ha llegado nuestra civilización, y de cómo se transforma España. Da unos golpecitos en el micrófono, dice tontamente «Undostres»: no se oye nada. No funciona. Se sienta a la mesa, toma la pluma que le han traído los Reyes: se mancha las manos de tinta que rezuma. Toma un bolígrafo, cuyo extremo parpadea —tiene un relojito que va dando cuenta de cada segundo que pasa: como antes los escritores tenían un reloj de arena, que pasaba grano a grano— y comienza a escribir. Y va y pone:

«Al despertar le oprimió un cielo de plomo que parecía que iba a meterse por el ventanal. Se sintió sobrecogido; percibió el principio de un mal humor que podría durarle todo el día...» ■

Ilustraciones de Joan Cruspina.

